

José Domingo Leatice Puche
Vélez-Rubio Enero 1981

José D. L. P.

**ESTA OBRA NO
SE PRESTA**

R-3166.A



COFRADÍA

DE

LA HORA SANTA.

Y

METODO DE HACER ESTE EJERCICIO CON FRUTO.



VELEZ-RUBIO: 1885

Imprenta y Librería de Juan P.

URRUTIA, S.



A. 2318-9





COFRADIA

DE

LA HORA SANTA.

La Hora Santa es un ejercicio de oracion, mental ó vocal que se hace en la noche del jueves al viernes, y tiene principalmente por objeto los dolores del Corazon de Jesus en su agonía en el Huerto de los Olivos. El origen de esta Hora Santa, viene de una revelacion que tuvo la venerable Margarita María Alacoque, (religiosa de la Visitacion, que falleció en 1675 en el convento de Paray-le-Monial, diócesis de Autun,) en la que le dijo Jesucristo: *Espero que pasarás en oracion las noches de los jueves, desde las once hasta media noche, para partticipar juntamente conmigo de los dolores de mi agonía en el Huerto de los Olivos, y aplacar mi cólera irritada contra los pecadores.*

Las eminentes virtudes de esta virtuosa religiosa, de cuya canonizacion se trata actualmente, hacen su testimonio digno de fé. Asi es que se ha creído hacer una cosa

grata al Señor, instituyendo en Paray-le-Monial una Cofradía, que tuviese por objeto perpetuar en la Iglesia una práctica tan sublime en su objeto como divina en su origen. Esta cofradía se compone de asociaciones particulares de tres personas, que convienen entre sí en tener la Hora Santa cada una á su vez, una un jueves, otra el inmediato, la tercera al siguiente, y así en lo sucesivo; de modo que este ejercicio se celebre todos los jueves, aunque cada miembro de la Cofradía no esté obligado á tenerle mas que una vez cada tres semanas.

Indulgencias de la Hora Santa.

Pío VIII, por un breve de 22 de Diciembre de 1829, habia concedido una indulgencia plenaria á las Cofradías que tuviesen la Hora Santa en una capilla de Paray; y por otro breve de Mayo de 1830, concedió la misma indulgencia á toda la diócesis de Autun. Pero el Santo Padre Gregorio XVI, por un rescripto de 27 de Julio de 1831, estendió el mismo favor á todos los fieles de uno y otro sexo, no solo cuando tuvieren la Hora Santa, sino tambien en los otros jueves intermedios.

Condiciones para ganar las indulgen- cias de la Hora Santa.

1.º **Es necesario que las Personas formen asociación entre sí, y convengan en el órden con que han de hacer este ejercicio. Esta cláusula no habla con las personas que viven en comunidad religiosa, con los religiosos, religiosas, hermanas de la Caridad, Seminaristas, Hermanos de las Escuelas cristianas, y generalmente todos los que, forman reuniones con algun fin religioso; para estos basta que tengan la Hora Santa con el permiso de su superior ó superiora; no importa en qué dia ni en qué hora.**

2.º **Todas las personas sin escepcion, deben estar asentadas en el libro que para este efecto se tiene en Paray-le-Monial, colocado sobre el sepulcro de la venerable Margarita María Alacoque, en aquel convento que ella edificó con las mas sublimes y heroicas virtudes, y que se ha hecho tan célebre por la institucion de la devocion del Corazon de Jesus.**

3.º **Se permite comenzar el ejercicio de la Hora Santa, inmediatamente despues de**

puesto el sol, y hacerle en la Iglesia, ó en cualquiera otra parte.

4.º En el caso de que un Cofrade no pudiera hacerlo por enfermedad, ó cualquiera otra causa legítima, podrá suplirle uniéndose con el espíritu y corazón á las penas que padeció Jesucristo en su agonía.

5.º Cuando alguno de los asociados, por muerte ú otra causa, deja de ser miembro de la Cofradía, es necesario reemplazarle.

6.º Para ganar las indulgencias anejas á este devoto ejercicio, es necesario cumplir con las condiciones ordinarias de confesion, etc. Por decreto de 22 de Febrero de 1832, permitió Gregorio XVI, comulgar el jueves ó viernes, segun se quisiere.



J. M. J.

HORA SANTA

QUE SE TIENE EL JUEVES POR LA
NOCHE DE ONCE Á DOCE.

Tal vez no hubo momento en que el Corazon de Jesus padeciese mas que en la hora de su agonía en el Huerto de los Olivos: fué tan violento el dolor que entonces padeció, que por un prodigio inaudito, le hizo sudar sangre por todo su cuerpo; y para espresar su rigor, dijo á tres discípulos que su alma estaba triste hasta la muerte. Este amable Salvador, desea que las personas consagradas á su sagrado Corazon, se compadezcan de tan escesivo dolor, como se lo manifestó á la devota Margarita María de Alacoque, diciéndola: «Espero que pasarás en oracion las noches de los jueves,

«desde las once hasta media noche, para
«participar juntamente conmigo de los
«dolores de mi agonía en el Huerto de
«los Olivos, y aplacar mi cólera irrita-
«da contra los pecadores.» Bien sabidos
son los favores que este Señor, siempre
liberal y misericordioso, concedió á aque-
lla alma santa para recompensarla de su
fidelidad en hacer esta hora. Los asocia-
dos que puedan hacerla, darán de cuan-
do en cuando al Corazon de Jesus esta
prueba de su amor. Se propondrán tener
parte en sus dolores interiores, y en es-
te momento tan propicio podrán por la
conversion de los pecadores y por la
prosperidad de nuestra santa religion.
Cuanto mas padecieren en esta hora,
mas se conformarán con el Corazon de
Jesus, y alcanzarán mayores gracias.

METODO
DE LA HORA SANTA.

Seguireis en espíritu á Jesucristo al

Huerto de los Olivos, imaginándoos que por un especial favor os elije como á sus tres mas amados discípulos, para que seais testigos de los dolores de su corazon, y os asociareis á la fervorosa oracion que hizo entonces.

¡Qué favor, ó Jesus mio! ¡Vos me llamais para que sea testigo de vuestra agonía, y del amor infinito de vuestro Corazon para con los pecadores! Yo os sigo con ansia, ¡ó Dios mio! Me mandais que vele y ore con Vos durante esta hora; yo tambien lo deseo con todo mi corazon: pero ¡ó divino Jesus! Vos conoceis mi flaqueza; ayudadme, porque sin Vos aun seré mas cobarde que lo fueron vuestros discípulos. ¡O alma mia! no perdamos un solo instante de una hora tan preciosa.

Debeis escitaros á formar en vuestro corazon los afectos del Corazon de Jesus,

y adorar con él á su Eterno Padre con el mas profundo anonadamiento.

Aquí llego ¡ó Dios eterno, infinitamente santo y justo! á postrarme con vuestro Hijo delante de vuestra suprema Magestad, y anodadarme en presencia de vuestra infinita grandeza. Vengo á ofreceros su agonía y los dolores de su Corazon, para satisfacer á vuestra justicia, para llorar mis pecados y los de todos los hombres. Oid mis súplicas, ¡ó Padre infinitamente bueno! y aceptad mis obsequios, ó mas bien poned los ojos en el Corazon de vuestro divino Hijo, al cual deseo estar unido durante esta oracion.

Consideracion sobre los dolores del corazon de Jesus durante su agonia.

Para formarse una idea del dolor que tuvo Jesucristo en el Huerto de los Olivos, sería necesario comprender la gran-

deza de su amor. El ama infinitamente á su Padre, y le vé infinitamente ultrajado por los hombres. Ama sobre todo encarecimiento á los hombres, y los vé escesivamente culpables, y condenados á eternos suplicios. ¡Que espectáculo para el mas sensible de todos los corazones! Y ¿qué le sugerirá su amor? Reparar por sí mismo el ultraje hecho á su Padre, librar á los hombres de los castigos que merecen, sustituyéndose en su lugar para llevar sobre sí todo el rigor de los suplicios que se han merecido.

«Yo lo sé, Padre mio, le dice: todos los hombres juntos son insuficientes para satisfacer á vuestra justicia; todas las víctimas que ellos pudieran ofrecer son dignas de Vos: pero vedme aquí, descargad sobre mí..... la víctima es digna de Vos. Herid, Dios omnipotente y justo, y vuestra Magestad ultrajada quedará plenamente satisfecha, y vengado enteramente el pecado.»

El padre acepta la ofrenda de su Hijo, que carga con todas las iniquidades de los hombres, y desde aquella hora no le mira ya como objeto amable de sus complacencias, sino como á una víctima de maldicion cubierta de todos los crímenes del mundo. En el mismo instante, Jesucristo se siente como cargado de todos nuestros pecados. ¡Qué horrible peso! ¡Qué amargo cáliz para el Santo de los Santos! ¿Le beberá? Apenas acerca á él sus lábios, cuando un vivo dolor se apodera de su alma: cae en una profunda tristeza; la angustia le debora, el cansancio le oprime, y el pavor le embaraza.—«¡Ah Padre mio! esclama; alejad de mí este cáliz.»—No; hay que beberle hasta las heces.

Jesus se somete, pero su dolor se aumenta; quiere repartirle con sus amados discípulos.....—«Mi alma, les dice, está triste hasta la muerte: velad, pues, y orad conmigo.»—Mas sumergidos en

su profundo sueño, ni aun le oyen. Se retira, ora de nuevo; igual desolacion. Vuelve á sus discípulos; el mismo abandono. Vuelve á su Padre; la misma inflexibilidad.

Entonces, pues, se entregó á toda la amargura de su dolor. Su mismo amor se unió á la severidad de su Padre para castigar los pecados de que se habia encargado. Quiere sufrir en su Corazon dolores mil veces mas agudos que todos los que le preparan el infierno y sus verdugos, y para esto permite que su imaginacion le represente con toda su fuerza la magnitud, la crueldad, y sobre todo las causas de su pasion y de su muerte. ¡Oh! ¡qué de horrores se presentan entonces á sus ojos! El ve todas las potestades del infierno desencadenadas contra sí, todos los dardos de la divina Justicia prontos á descargar sobre su augusta cabeza, y todos los pecadores armados contra su sagrada persona. Ve caer sobre sí

todos los crímenes, todas las maldades, todas las atrocidades é infamias del universo. Se ve vendido por uno de sus discípulos, negado por otro y abandonado de todos. Oye todas las injurias, todas las blasfemias, todos los horrores que se van á vomitar contra él. Cuenta los bofetones y golpes que van á descargar sobre su cuerpo adorable. Ve las cadenas, los látigos, las espinas, los clavos y la cruz que le preparan. Ve ¡ah, esto es lo que sobre todo despedaza su corazón! ve que su muerte será inútil para el mayor número de los hombres; pisada su sangre, ultrajados sus santos misterios, profanados sus divinos Sacramentos, su Iglesia rasgada con cismas y herejías, y aflijida y deshonrada por los escándalos. Me vió á mí mismo al través de sus verdugos, contó todas mis infidelidades, todas mis prevaricaciones, todos mis crímenes. Ah, qué amargura añadió esta vista á sus dolores! En fin, ve que casi todos los

hombres desprecian su amor, desechan el beneficio de su redencion, y corren á la perdicion á pesar de todos sus trabajos!

«¡Luego en vano, esclama, me inmoló; en vano me sacrifico por ellos. Este Dios á quien yo honro con tantas humillaciones, ¿será aún ultrajado? ¿Aún volverá á renacer ese detestable pecado, que yo espío con tantas lágrimas? ¿Aún pecerán esos hombres, que yo voy á rescatar al precio de toda mi sangre?.... ¡Ah! si mis lágrimas no apagan el fuego del infierno, ellas le harán mas voraz; si mi sangre derramada no los purifica, redoblará contra ellos la cólera de mi Padre.»

Jesus se estremece; se abisma en esta idea desconsoladora; queda inmóvil exhalando profundos suspiros; ya corren sus lágrimas; ya se detienen; ya parece que el dolor las ha agotado; ya no se oyen mas que algunas palabras inter-

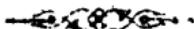
rumpidas por una voz flaca y moribunda:—«*Padre mio, Padre mio*, ¡ah! tened lástima del estado en que veis á vuestro Hijo; alejad de mi este cáliz.»

¿Qué decís, ó divino Jesus? Si Vos no bebeis el cáliz de la cólera de vuestro Padre, ¡ay! tendremos que beberle nosotros; ¿y podremos soportar su rigor? Luego tendremos que sucumbir y perecer.

Este divino Salvador nos ama demasiado para dejarnos entre los brazos de la Justicia eterna. Su Corazon esta demasiado sumiso para luchar por mas tiempo contra la voluntad de su Padre. El amor de su Corazon triunfa en fin de la repugnancia de la naturaleza de que está revestido. ¡Un Dios ultrajado! ¡La humanidad entera será condenada! ¡Es menester mas que esto para decidirle á beber el caliz con toda su amargura? «*Padre mio, vengaos ¡ah! en buena hora castigad, castigad en mí el pecado. Sa-*

tisfaced vuestra justicia sobre vuestro Hijo. No escucheis mis repugnancias. ¡O Padre mio! hágase vuestra voluntad y no la mía.

Mas ¡ay! sus penas se aumentan con su obediencia y su amor. Sus ojos se eclipsan, su rostro se cubre con la palidez de la muerte, su alma se turba y cae en agonía. ¡Oh qué dolorosa agonía! Su sangre, que se le retira hácia el Corazon, va á quitarle la vida; pero su amor, mas generoso y mas fuerte se la conserva para mas padecer, para que consume su sacrificio en la cruz. Repelida vigorosamente la sangre busca salida, y sale por todos los miembros de su cuerpo. Su divino rostro está todo inundado; sus manos, sus pies, todo su cuerpo está cubierto, y aun la misma tierra está empapada de sangre; y en tal estado de agonía y de congojas Jesus redobla sus súplicas, y alarga su oracion.....



AFFECTOS DEL CORAZON PARA CON SU AMADO JESUS.

DE FÉ

Este á quien yo veo en tal abismo de humillacion, abandonado, consumido, agonizando y nadando en sangre, ¿es por ventura mi Dios?

Si ¡ó divino Jesus! vos sois mi Señor y mi Dios. Cuanto mas penado y abismado el dolor á vista del pecado os veo, mas se aviva mi fé. Solo un Dioses quien puede concebir tanto dolor por el pecado, y sentir tan vivamente el ultraje que pecando se hace á Dios; yo os adoro con el mas profundo respeto.

DE CONTRICION.

Pero, ¿quien ha echo correr toda esa

sangre, ó divino Jesús? Yo no veo azotes, ni espinas, ni clavos, ni lanza, ¡Sangre adorable! ¿quién, pues, te ha sacado de las venas de mi Salvador?

¿Me atreveré yo, indigno pecador, á hacer esta pregunta? ¿Puedo desconocer que soy yo, que son mis pecados? Pero también es el exceso de vuestro amor por los pobres pecadores. ¡Ah, Dios mio! La naturaleza no os habia dado sino ojos para llorar nuestros pecados; pero el amor os abre todos los poros de vuestro cuerpo para hacerlos derramar por ellos lágrimas de sangre. Con estas dolorosas lágrimas llorais todos los pecados del mundo, llorais todos los míos.

¡O pecado, mónstruo execrable! ¿como he podido albergarte tantas veces y con tanta facilidad? ¿No deberia yo morir de pesar por haberte amado tanto? ¡O corazón mio! ¿Cómo no te deshaces de dolor en este momento? ¡Qué! Dios llora tus iniquidades con lágrimas de sangre, ¡y

tú permaneces insensible?

¡O Jesus mio! dadme, os pido, dadme alguna parte de ese dolor infinito que habeis tenido por mis pecados. Haced que caiga de vuestro Corazon en el mio una gota de este torrente de amargura en que el vuestro está inundado. Si no tengo la dicha de borrar mis pecados con la efusion de toda mi sangre, ¡ah! que al menos me duela tanto de haberlos cometido, que los borre continuamente con mis lágrimas.

Derramad, ojos míos, derramad torrentes de lágrimas por ese orgullo, por esas glotonerías y embriagueces, por esas iras, por esas injusticias, murmuraciones é impurezas, por todos esos crímenes que han puesto á mi Salvador en ese estado de humillaciones y penas en que le veo.

¡O Dios mio! yo soy quien ha pecado, yo quien ha merecido llevar el peso de vuestra ira, y no ese Hijo inocente. ¿Por qué, pues, perdonarme á mi? ¿Por qué

le herís á El con tanto rigor?

DE TEMOR.

Temblemos, alma mia, porque en fin, si así es tratado el leño verde, ¿qué harán con el seco? Si Jesucristo inocente, el Santo, el Justo por escelencia ha sido tratado con tanto rigor por haber llevado solamente la apariencia del pecado, ¿qué harán con el criminal? ¡Ah! viviendo como vivo, manchándome todos los dias con tantos pecados, ¿no tengo motivo para temer que esta Sangre inocente derramada por mi salud, venga á ser mi acusador y clame venganza contra mi? ¡Gran Dios! el temor me sobrecoje. ¿Qué no tengo que temer de vuestra justicia, yo criminal y pecador, cuando veo los juicios que habeis ejecutado sobre la persona de vuestro Hijo, que no os ofendió jamás? ¡O Rey de las naciones! ¿Quién no temblará á vista de vuestra justicia?

DE CONFIANZA.

Pero si queremos corresponder á las gracias de este misericordioso Salvador, nuestra salvacion está segura. ¡O Dios mio! Cuando fijo mi vista en vuestro Hijo inmolado por mí, se disipan todos mis temores, pues veo en él una prenda segura de vuestra misericordia.

Sí, Jesus mio, vos sois mi grande misericordia y mi refugio seguro, vos sois mi libertador y Salvador. Alma mia, he ahí nuestro amado Jesus: esperemos en él. Esas manos taladradas, ese Corazon abierto, toda esa sangre derramada, ¿no nos dicen que nos ha amado con un amor infinito, que no permitirá que nos perdamos? Pongamos en Él toda nuestra confianza, y no seremos confundidos: esperemos en nuestro Dios, apliquémonos á obrar bien. y nos salvaremos. ¡O Jesus mio, mi suerte está en vuestras manos, en vuestro Corazon; ¿podrá estar

mas segura? Mi Dios se ha hecho mi Salvador, ¿y á qué precio? ¡Ah! que Israel confie siempre en el Señor. Si Dios no ha perdonado á su propio Hijo, si le ha entregado por mí, ¿cómo no me dará con Él todas las cosas?

DE AMOR.

Alma mia, mide el exceso del amor de tu amado Jesus por el exceso del dolor á que le ves reducido; ¡O amor! ¿cómo puedes tú tanto sobre el Corazon de Dios y tan poco sobre el corazon del hombre? ¡Tú has podido hacer derramar lágrimas de sangre por todas partes en el cuerpo del Hijo de Dios, y aún no has podido sacar una lágrima de penitencia de mis ojos, ni un suspiro de mi corazon?

¡O Salvador mio! ¿cuán fuerte es vuestro amor, pues os hace sufrir con anticipacion la rabia de vuestro verdugos, y os reduce á la muerte! Sobre esta hoguera de amor, cumplió Jesucristo lo que

antes habia dicho: «He venido á traer fuego á la tierra, ¿y qué quiero, sino que abraze todos los corazones?» ¡O Corazon de Jesus, horno de amor! arrojad sobre mí esas divinas llamas, para que me vea consumido en ellas! ¡O fuego, que siempre ardes y nunca té apagas! ¡O Dios mio, que sois la misma caridad! abrasad mi corazon, inflamadle, absorvedle enteramente en el vuestro, para que yo sea todo amor.

DE ADMIRACION.

¡O prodigio! el Todopoderoso se ha hecho flaco; el impasible padece; la Magestad divina se viste de nuestra bajeza; el Eterno se reduce á la muerte; la misma vida se entierra en un sepulero! ¡O escaso de misericordia! ¡Y por mí, es Señor, por quien obráis estos prodigios! ¿Merecia yo ni aun una mirada vuestra? ¡Qué! ¡El Criador muere por la criatura, el Señor por el esclavo, el todo por la

nada, un Dios por..... mí! ¡O cielos, maravillaos á vista de las misericordias de Dios!

Alma mia, concibe, si puedes, la union de estos dos extremos: un Dios hombre, y un hombre de dolor; un Dios en el cielo adorado por los espíritus bienaventurados, y en la tierra ultrajado por los pecadores; un Dios en el cielo, elevado sobre el trono de su infinita grandeza, y aquí abajo, clavado en una cruz; en el cielo inundado de un torrente de delicias, y aquí nadando en un sudor de sangre... Que un Dios con solo su palabra saque el universo de la nada, detenga el sol en su carrera, calme las tempestades, resucite los muertos, nada de esto me sorprende; es omnipotente, y no hay cosa que pueda resistir á su voluntad: pero lo que me admira, lo que me arrebatá y me saca fuera de mí, es ver á un Dios humillado, anonadado, padeciendo y muriendo por mí. ¡O Je-

sus! ¿Qué amor es el vuestro? ¡O grandeza eterna, á qué punto os abatis! ¡O Dios! ¿por quién os inmolaís? ¡O Señor! ¡Cuán incomprensibles son vuestros caminos! No hay espíritu que pueda comprenderlos, no hay lengua que pueda espresarlos; solo nos queda el silencio para bendecirlos.

DE IMITACION.

No nos atengamos á una simple y esteril admiracion. Escuchemos al Padre celestial, que mostrándonos á su Hijo nos dice:—«Mirad, é imitad el divino modelo que teneis presente.» ¡O Jesus! abismado como estais en el mas profundo dolor á la vista de mis pecados, y sacrificándoos por la gloria de vuestro Padre, me dais un ejemplo de todas las virtudes ¿Cuál seria mi crimen si no me consagrara con todas mis fuerzas á imitaros? Lo deseo, Señor, y este es el fruto que me propongo sacar de esta ora-

cion: quiero pues, á ejemplo de Vos, hacer vuestra voluntad, mortificando la mia, perservar en la oracion, á pesar de los disgustos y sequedades; besar respetuosamente vuestra mano cuando me hiera; bendeciros en todas mis penas; combatir contra la carne y la sangre; vencerme á mí mismo; resistir á los movimientos rebeldes de la naturaleza; preferir la humillacion á los honores, la penitencia al regalo, y las penas á las vanas alegrías de este mundo. ¡Ah! que al veros aprenda á honrar á vuestro Padre, como merece ser honrado, á detestar el pecado, y castigarle con todas mis fuerzas. ¡O mi divino modelo! haced que os imite en todo y por todo.

DE OFRENDA Y DE UNION

¡O mi divino Salvador! pues que Vos me habeis rescatado á tanta costa, ¿no debo yo ser enteramente vuestro? Sí, tal es el ardiente deseo de mi corazon. En-

trad, mi divino Jesus, entrad en mi pobre corazon, que él os quiere recibir; entrad, que os está abierto; venid, que os desea, daos prisa, que desfallece por vos, recibidle, poseedle, guiadle, que él se dá á Vos, se une á Vos, se entrega del todo á Vos; fijad su inconstancia, apoyad su fragilidad. Que este ingrato os sirva fielmente en lo sucesivo, que os ame siempre; que persevere firme en vuestro amor; que en todas sus tribulaciones recurra á Vos este mal corazon; que se derrame delante de Vos en todas sus necesidades; que clame, que redoble sus clamores, si parece que estais sordo á su voz; que suspire, que aumente sus gemidos, si tardais en oirle; que llore, si os ocultais; que desmaye de gozo, si os manifestais; que aspire, ¡ay! que espere de amor, si le escuchais.

¡O dulce amigo de mi corazon! no os separeis mas de mí, pues no quiero respirar sino por Vos; yo quiero que de tal

modo seais el Señor de mi vida, que todos sus latidos, todos sus suspiros, todos sus afectos, todos sus deseos, sean otros tantos actos de amor, de agradecimiento y de confianza en vuestra divina voluntad. ¡O Corazon de Jesus! amad, vedad, mirad por mí; á fin de que desde este momento no tenga mas voluntad que la vuestra, ni mas amor que para Vos, ni mas deseo que agradaros. Yo sacrifico á vuestra santa ley todas mis inclinaciones, á vuestra pobreza cuanto puedo poseer en la tierra, á vuestra cautividad mi libertad, mi honor á vuestras humillaciones, todos los placeres á vuestra cruz, y mi vida á vuestra eternidad. ¡O Jesus! escuchad el único voto de mi corazon, y es: que yo no viva ya, sino Vos vivais en mí: que descansa siempre en vuestro corazon, y que en él de mi ultimo suspiro. Amen.

DE TRISTEZA.

*à vista de los ultrajes que se han hecho
à Jesucristo.*

¡O Jesus! Vos habeis amado tanto à los hombres, y ellos no tienen mas que indiferencia para Vos. Vos nos habeis dispensado tantos favores, y no recibis de nuestra parte mas que ultrajes! ¡Nos habeis hecho nacer en vuestra santa Iglesia, y esta Iglesia santa es perseguida por sus propios hijos! ¡Nos habeis dejado vuestro Corazon en la sagrada Eucaristía, y este Corazon lleno de misericordia y de ternura, es ultrajado, traspasado sin cesar con dardos siempre nuevos, y cada vez mas agudos! ¡O Jesus! ¡O Dios mio! vuestra sagrada persona ha llegado á ser juguete de los impíos y objetos de sus blasfemias: ya no hay fé... ya no hay piedad... ya no hay costumbres..! ¡O Jesus! ¡Jesus despreciado..! ¡O Jesus insultado..! ¡O Jesus blasfemado..! mi corazon está sumergido en el dolor; mi alma está triste hasta la muerte..! ¡Ay, que no pueda yo espirar en la

amargura que me causan tan terribles atentados...! ¡Que no pueda con ningun nuevo género de homenajes de humiliacion y de anonadamiento, reparar tantos sacrilegios y profanaciones! ¡Que no pueda yo ser por un momento señor del corazon de todos los hombres, para expiar de algun modo, con el sacrificio que os haria de ellos tan horrible ingratitud! ¡Que no pueda yo, Dios mio, regar con mis lágrimas y mi sangre todos los lugares en que vuestro santo Nombre, vuestra Cruz, vuestros santos misterios y vuestro divino Corazon han sido tan indignamente ultrajados! Recibid, al menos mi deseo, ¡O mi adorable Jesus! y en este momento en que me permitis que derrame mi corazon en vuestra presencia, y en el que me parece puedo alcanzar cuanto pida; en este momento, ¡O mi divino Jesus! oid mis clamores, escuchad mi oracion.

DE PETICION.

¡Que vuestro santo nombre sea bendecido

en todas partes! ¡Que vuestro sagrado Cora-
zon sea conocido, amado y adorado de todas
las criaturas! ¡Que vuestra santa Iglesia sea
honrada, respetada y alcance victorias de
todos sus enemigos! ¡Que la celestial antor-
cha de la fé, no se apague jamas entre no-
sotros; antes bien brille mas que nunca!
¡Que todos nuestros hermanos, permanezca
inviolablemente unidos á la Iglesia católica,
apostólica, romana! ¡Que todos cuantos se
han separado de su comunión, vuelvan á
ella, y la consuelen con su sincero arrenpen-
timiento! ¡Que todos los hombres, tengan
un respeto inviolable al Evangelio, á vues-
tros misterios, á los templos, á los Sacerdo-
tes, á los Sacramentos, á vuestra Cruz, y á
todo lo que pertenece á Vos! Yo os pido y os
ruego, que vuestra Sangre hable en nuestro
favor: esa Sangre que derramásteis en el
Calvario hasta la última gota por la salud
de los hombres.

¡Ah, Salvador mio! haced que de nuevo
florezca vuestra santa Religion, y que revi-

ra la fé en todos los corazones. ¡Sol eterno de justicia! no ceseis de iluminar los lugares en que vuestra luz ha brillado con tanto resplandor; enviadles aquel Angel que vuestro amado discípulo, vió atravesando el cielo con el Evangelio eterno en la mano, para evangelizar á los que están en tierra y decirles: «*Temed al Señor, y dadle el honor que es debido.*» Enviadnos algunos de esos hombres apostólicos, como los que en otros tiempos habeis enviado á la tierra.

¡O Jesus! para la gloria de vuestro santo Nombre, salvadnos por vuestro Corazon sagrado, por ese Corazon que se consumió por nosotros: salvadnos ¡O Maria, Madre de Dios! hijos vuestros somos; mostrad vos que sois nuestra Madre: reconciliadnos con vuestro Hijo. Angeles tutelares y Santos protectores de la España, volad á socorrer-nos: preservadnos del naufragio. Amados amigos de Dios, interceded por nosotros; suplicadle que nos otorgue sus misericordias.

Que el Corazon de Jesus sea conocido, amado y adorado en todo el mundo. Amen.

Haced un propósito particular en orden á vuestro adelantamiento espiritual. Agradeced á Dios las gracias que os haya concedido durante esta oracion. Encomendadle todas las personas consagradas á su sagrado Corazon, y pedidle por los fieles difuntos, y por el que se ha tomado el trabajo, el agradable trabajo de traducir este santo ejercicio.

FIN.

3160

2 5 1 —